



atravesado una década de infancia, si ha disfrutado de un entorno más o menos apacible, ha vivido empapado en amor. Lo que ahora quieren saber es cómo se disfruta del sexo. Sin ahogar el amor, sin perder la ternura.

Hasta no hace mucho, se les conminaba a elegir uno de estos dos caminos: concubina o depredador. Muchos, en casa, en la tele, siguen oyendo la misma canción, tenemos patriarcado para rato. Pero, por poco atentos que estén a lo que ocurre, saben que viven un tiempo nuevo, que las reglas

están evolucionando a gran velocidad. La palabra de las mujeres no ha hecho más que empezar. Convencido de que, en los titubeos y forcejeos de la muchachada, desperdigado entre mucha viruta superflua, podría encontrarse el hilo que hemos perdido, los observo con interés y aplicación. Sospecho que en algún punto de la transición entre la infancia y la adolescencia se fragua nuestra podredumbre patriarcal. Sospecho que habrá que retrotraerse hasta ese punto para sanear la gangrena.

### 3. ¡SEGURÍSIMO!

#### ANTES MUERTO QUE GAY

Juan Carlos Burga (M)

*“... hoy intento leer, adivinar, los signos que ofrecen los jóvenes. ¿De qué son profecía? ¿Acaso son signo de superación consolidada de los tabúes sexuales? ¿Acaso de integración armónica de cuerpo y alma? ¿Acaso signo de enterrar para siempre la conciencia de culpabilidad del placer como algo malo?”*

De Ángel Ruiz Isla (1924-2013) en su artículo (próximo al año 2005) “El signo de los jóvenes”. Fue Superior General de los escolapios doce años (1973-1985) y toda su vida un gran educador de jóvenes.

¿Cómo no afrontar juntos este desafío de la vida colectiva?, dirían Freire y Milani. Vaya en estas líneas mi experiencia como docente (1999-2006)



y, desde mi etapa de estudiante, el acoso en las aulas por orientación sexual e identidad de género. Algo que ya existía como ahora, pero sin nombre. La sexualidad, ¿una asignatura? No “se aparece” en la clase de educación sexual. Es una dimensión personal y sucede en la vida. Algo integral (somos seres sexuados hasta el final de nuestra vida) que afecta a la intimidad, a la identidad personal, a las relaciones humanas y a los propios valores (cultura y sociedad). No podemos establecer dualidad entre vida y escuela. En las familias – tan diversas y diferentes – aún hay muchas dificultades a la hora de hablar de sexualidad. La responsabilidad de acompañar a los jóvenes en su evolución psicosexual y afectiva recae en gran medida sobre los educadores.

En mi etapa de profesor de ESO, a falta de un proyecto de centro, las tutorías grupales –las de mi grupo, las únicas que se realizaron – eran el espacio colectivo de las preguntas, con el único límite de comentarios o actitudes vulgares o agresivas. Puse a disposición de los alumnos la mejor biblioteca que encontré y un buzón anónimo de preguntas. Las tutorías compensaban la desinformación general. No encontré oposición ni en la dirección del centro ni en las familias. Tampoco apoyo expreso. Algunas familias estaban preocupadas por la temprana iniciación de sus hijos en las relaciones sexuales y, ante lo inevitable, querían que estuvieran informados y protegidos.

A posteriori de aquella experiencia, mi reflexión es que el educador tiene primero que mirar hacia adentro, “*nosce te ipsum*”, aceptar y madurar su propia sexualidad y conocer sus propias



limitaciones pedagógicas. Si no se sabe, mejor es no decir que decir, y recomendar profesionales especializados y competentes. Acompañar y escuchar, siempre; adoctrinar (por muy buena que sea la doctrina), nunca. Dominar los conceptos es imprescindible, pero no basta. Hasta con una adecuada formación teórica y un convencimiento bien intencionado, se pueden reproducir modelos “bancarios” de educación: el profesor “vierte el contenido” y el alumno “lo recibe” (como lo describía el psicólogo humanista Carl Rogers). En tal modelo se hace muy difícil, si no imposible, un clima de confianza y comunicación que permita abordar en libertad este aprendizaje.

En mi vida de bachiller (años 80) algunos de mis compañeros me insultaban y me agobiaban porque me suponían – en sus palabras – “marica”. ¿Intuían algo de lo que ni yo mismo era consciente? Tal vez. Hoy se tipificaría como “acoso escolar”, con independencia de que el acosado o acosada sea gay o lesbiana. Sobreviví estoicamente a aquella matraca que, para mi suerte, no pasó de un curso escolar (y gracias también a mi espiritualidad cristiana). Daba igual lo que fueras o no fueras, la “acusación” o “insinuación” bastaba para alterar tu rendimiento académico, obligarte a cambiar de colegio, incluso a abandonar los estudios, machacar tu autoestima, envenenar tus amistades y, en algunos casos trágicos, llevar al suicidio. Y todo sin poderlo contar ni a tu familia ni a tus educadores por la angustia de revelar tu diferencia (real o supuesta). Eso no llegó hasta mis 25 años. También sucedía en adultos. Hoy pienso en algún profesor al que todos señalábamos – también los marcados – bajo una presión insoportable. Después

me impactó ver la película “La calumnia” (*The Children’s Hour* 1961) de W. Wyler. En 1990 la OMS descatalogó la homosexualidad como enfermedad mental, algo que ya había hecho en 1973 la Asociación Americana de Psiquiatría. Lo que sabemos por el informe Kinsey (1948-1953) es que en la orientación sexual se da un continuo heterosexual, bisexual y homosexual, en el que todas las personas alcanzan algún punto entre la heterosexualidad absoluta (0) y la homosexualidad absoluta (6). Hasta la adolescencia no se consolida normalmente la orientación sexual y puede cambiar en el tiempo. El porqué de unas u otras orientaciones no lo sabemos con certeza, pero ninguna es una patología.

Han pasado más de treinta años de mi bachillerato y tan solo veintiocho de la declaración de la OMS, pero titulares en prensa como “*Antes muerto que gay*”, que un padre dirigía a su propio hijo (*El País* 10/5/2008), o “*Un joven sin libros porque sus padres no se los compran por ser gay*” en una FP de Gandía (*El Mundo* 1/11/2009), llevaron en 2010 al Instituto Duque de Rivas, en Rivas Vaciamadrid, a crear un exitoso proyecto educativo de atención a la diversidad afectivo sexual: “tutorías LGTBI”. Se ha convertido en un referente de muchos otros, y a fecha de hoy sigue activo. <http://ies.duquederivas.rivas.educa.madrid.org/> La Comunidad de Madrid cuenta también con un programa de atención integral a las personas LGTBI y un Observatorio contra la *LGTBfobia* <http://www.contraelodio.org/>

¿Y qué hacemos con todo esto en la escuela católica? Lo único que he oído a algunos obispos españoles, probablemente mal informados, ha sido tildar estos proyectos como “propaganda homosexual”, “ideología de género” o apoyo a la “cultura gay”. Si defender que el acoso homofóbico escolar, laboral o de cualquier tipo no es tolerable, y que la escuela ha de ser un espacio libre de homofobia o transfobia, esto es, ha de ser inclusiva y universal (como la de Calasanz y Milani)... es apoyo a “la cultura gay”, entonces, con el Evangelio en la mano, no queda otra opción que apoyarla.